Crítica de libros

CHAMPOURCÍN, ERNESTINA: *El nombre que me diste*. Suplemento de "Ecuador". O° O' O". México. Septiembre, 1960.

Un pormenor de la Capilla Sixtina sirve de portada a este libro de poemas: la mano de Dios, de la *Creación de Adán,* de Miguel Angel, humana, firme y eterna. Introducción acertada teniendo en cuenta el contenido de los poemas.

Ernestina Champourc'n es vasca y, literalmente, pertenece al grupo de poetas del 27. Fué incluída por Gerardo Diego en su *Antología de Poesía Española Contemporánea (1901-1934),* y desde su primer libro, *En silencio...* (1925), no ha cesado de escribir y publicar en España, aunque residiese en México.

El nombre que me diste tiene unidad de forma y unidad de tema armoniosa y sencillamente ajustados entre sí. Se trata de un monólogo en el que intervienen dos personajes: el que habla, el poeta, y Dios. Un dios que oye. Las palabras se van agrupando en heptasílabos asonantados, flúidos y escuetos, de extremada modestia. Parece una conversación que casualmente tiene ritmo y rima. No hay palabras que sobren ni sintaxis extraña.

Se desarrolla el monólogo entre el "Yo" del poeta y el silencioso Tú divino, sobre un fondo lejano de experiencias personales, como si el mundo fuera un lugar del que la poeta viene; lugar de oleajes, de inquietudes, que han dejado en su voz calidades de cansancio unas veces o espumillas de serenas meditaciones otras:

> Porque ardo en sed de Ti
> y en hambre de tu trigo,
> ven, siéntate a mi mesa;
> bendice el pan y el vino.
> ¡Qué aprisa cae la tarde!...
> ¡Quédate al fin conmigo!

En el tono escueto, grave, de estos versos, podemos advertir que la voz que dijo: "¿No sientes mis raíces? Tu tallo florecido / ebrio de sí, eterniza mi cálida fragancia. / ¡Irguiéndolo alzarás la copa de mi frente, / hasta volcar su zumo en los labios del sol!", está tocada por el tiempo. Los grandes y largos caminos tienen paisajes semejantes.

AURORA DE ALBORNOZ: *Poesías de París* y *Poesías de guerra de Antonio Machado.*

La aptitud creadora de Aurora de Albornoz se manifiesta de muy diferentes modos en los dos libros que comentamos hoy: *Prosas de París* y *Poesías de guerra de Antonio Machado.* El primero es un trabajo de creación, el segundo lo es de estudio, de investigación. En el primero alterna la prosa poética con el verso; en el segundo, narra, en una prosa escueta y digna, los últimos años del poeta de Sevilla. Ambos libros manifiestan la flexibilidad intelectual de Aurora de Albornoz.

La protagonista de *Prosas de París* es la ciudad. La autora establece un diálogo con ella, una conversación íntima y larga aunque el libro sea muy breve. Ella charla con París desde tres planos diferentes. Dos de ellos pertenecen a la realidad cotidiana, están, podríamos decir, en lo real. El tercero es un plano ideal aunque, como Unamuno decía, no por ser real es menos ideal.

En el plano primero Aurora de Albornoz *está* en París. Sus primeras palabras son para formular una situación de soledad: "En París se está solo. Inesperadamente solo. Siempre con una soledad que se espesa más cuanto más llenas de rostros vacíos están las calles..." Por tanto, la única compañera que la autora va a tener por una de las ciudades más bellas del mundo, más populosa e internacional, es la soledad. Sin que ésta se mueva de su lado pasan por Boul' Mich, por el "cementerio metálico" de los automóviles viejos, por Montparnasse, por el Arco del Triunfo, por la rue de Seine—la hermosa calle de las tiendas de libros—, cruzan el Pont des Arts, se detienen en la Closerie des Lilas...

Desde la Closerie de Lilas Aurora de Albornoz pasa a un plano ideal: *siente* el recuerdo de París. La imagina lejos en la distancia y el tiempo: "París, que un día estarás lejos, soñaré contigo. Esta primavera que ríe en los árboles, pronto será un sueño del pasado, que ya comienza ahora, aquí, en esta tarde de la Closerie de Lilas, llena del canto verde de los jardines de Luxemburgo".

El recuerdo llega en Puerto Rico. Lo que soñó en la Closerie des Lilas, durante un paseo por París, se actualiza. En las orillas del Caribe se pregunta si es entonces, a través del recuerdo, cuando París inicia, para ella, su verdadera existencia. En esta pregunta la autora palpa la realidad de lo ideal; la sólida existencia del mundo que contemplamos dentro de nosotros y que es un reflejo del que fuera muere cada día un poco más. Aurora de Albornoz se reconoce "una mirada que no viene de estos ojos que llevo en el rostro". Pero con ella *ve,* al fin, *conoce* el Boul' Mich, el Arco de Triunfo, la rue de Seine, el Pont des Arts, la Closerie des Lilas... "Entonces—dice—quizá no te veía. Y ahora, por primera vez acaso, te miro como eres."

Ya hemos dicho que las *Prosas...* tienen estructura poética. Ahora añadimos algunas cualidades: agilidad, con un cierto sello impresionista, léxico certero, refinado, suficiente. Frases breves, tersas. Consigue comunicarnos el clima de las calles y de la gente.

En *Poesías de guerra de Antonio Machado* se requiere rigor e imparcialidad. El último espacio de la vida de Antonio Machado está delicada-

mente narrado. Sin embargo, esta delicadeza no excluye una exposición detallada de la realidad. En ella la autora ofrece una serie de datos poco conocidos e interesantes para los biógrafos del poeta y para todos los que admiran su obra. El de Antonio Machado es un final triste, apresurado, errante. Sin embargo, nunca es más digno e inocente que en ese final de hombre consecuente consigo mismo, aunque muriese casi solo.

Por eso, lo que no me gusta del trabajo de Aurora de Albornoz es la selección de poesías. A él, uno de los poetas más amplios, ¿se le puede encasillar en un tema? Y en un tema tar amargo e impuro como es el de cualquier guerra... Los poemas escogidos ofrecen, sí, un aspecto curioso, pero no están en consonancia con el interés del estudio que le precede.

Los mejores poemas de la antología no son, precisamente, los de la guerra. Nos servirían siempre, y "Meditación del día", y algunos otros con el mismo espíritu ancho y fuerte de don Antonio. Si lo que se ha intentado en este libro es ofrecer un *aspecto* limitado y, en cierto modo, *deportivo,* de la poesía de Machado, entonces ha sido un acierto. Pero si se ha procurado algo más, tal vez el título sea desacertado: el problema, en sí, es más profundo que la palabra "guerra". Sus manifestaciones están, no sólo en esos poemas seleccionados, sino en toda la obra del poeta: en su visión de la soledad, de la muerte, del hombre, de los hombres.

No debe seleccionarse nunca un aspecto tan delicado y breve en un poeta tan amplio y profundo. Edmund Wilson relata en su *Literatura y Sociedad* cómo hasta ciertos teorizadores políticos admiraban a Heine, a Lassalle y a Goethe porque a los poetas no había que "medirlos con la misma vara que al común de las gentes". Y sabían que sin programas ni teorías, modificaban al hombre, enriqueciéndolo y liberándolo.

JULIA UCEDA

JOAQUÍN CARO ROMERO: *El transeúnte.* Sevilla, 1962.

Confieso que me han sorprendido muy agradablemente los ocho poemas que este joven poeta sevillano edita bajo el título de *El transeúnte.* Por varias razones: unas, referidas al mismo poeta; otras, a su condición de andaluz. Me explico.

Joaquín Caro Romero se plantó, hace poco, en Madrid para una lectura pública de su obra reciente. Leyó, entonces, unos poemas que adolecían de cierto formalismo, y en los que campeaba la frase hecha. Hizo bien Caro Romero en relegarlos al cajón sin fondo de lo olvidado. La gran ventaja del poeta muy joven es que todo está aún inédito a su alrededor, que todo son caminos temblorosos en espera de su pisada. Caro Romero ha sabido usar de esta juvenil prerrogativa. Estos poemas de hoy—mejor diría este poema en ocho partes—en nada se parecen a aquellos otros. Aquí, la andadura tiene firmeza y porvenir. Se ha ensanchado la estructura poemática, en una libertad, incluso de rima; se ha

hecho un alertado y certero llamamiento a la personalidad, en palabras cercanas al acierto definitivo:

Si esto es amor, ¿a qué llamo infinito?

La otra vertiente de mi sorpresa daba al andalucismo. (Hablo de andalucismo inocentemente, claro; sin pizca de filisteísmo.) Porque existe, entre los jovencísimos sureños, una decidida tendencia al verso con caireles, enderezado al chicoleo amoroso, al gimoteo social o al griterío tremendista. Caro Romero, junto a algún otro—Rodríguez Pacheco, pongo por caso—, desdeña modas e intenta modos propios de acercarse al hombre que él es, y que supone en su vecino:

Ved,
qué simples y qué humanos
son mis poderes, mis derrotas.

Por ahí, desde luego, este "transeúnte" llegará a algún sitio.

MARIANO ROLDÁN

RAFAEL LAFFÓN: *A dos aguas.* "Adonais", CXCVI. Madrid, 1962.

Ningún otro libro que *A dos aguas* registra mejor el timbre poético de Rafael Laffón. Sé en lo que me fundamento. Han transcurrido tres años exactamente desde la publicación de su antología *La rama ingrata.* El libro que ahora nos ocupa es muestrario de sus alcances, hitaciones y despegos creadores. No es precisamente que *A dos aguas* sea obra superior al cauce nativo, sino obra confeccionada en momentos muy diversos que el poeta no ha consentido volatilizar. La mayor parte de las composiciones sostienen una presentida embriaguez cronológica, advertible, sobre todo, en la división final titulada "Los cielos del calendario". En otra parte dejé escrito que en *A dos aguas* confluyen esos especímenes *contradictorios* que hay en todo escritor—en todo hombre, en suma—, más o menos acusados. Y que son: tradición y novedad. (Véase la página 19 de *Estudios sobre poesía española contemporánea,* de Luis Cernuda, publicados por Guadarrama).

A dos aguas me recuerda a *Vigilia del jazmín*—su libro mejor como también el menos resonante—por abrigar contrastes de inéditas prolongaciones que no se apartan de sus gustos natales. En *Vigilia del jazmín* el poeta se despoja de recios feudalismos barrocos y—según su propia confesión—sale a buscar "una cura de urgencia, como quien se escapa a media noche de un incendio". En *A dos aguas,* por el contrario, se encierra en casa y aguanta el incendio hasta la última ceniza. Los poemas proceden de un purgatorio con carácter de guardarropía donde sudaron zumos de voltaicas orificaciones. El romance, la décima, el verso libre dignifican al Laffón ambivalente que todos conocemos. Si a muchos de los poemas

de este libro le opusiéramos otros de manufactura más distante, saldrían mejor librados los anteriores. Cualquier romance de *A dos aguas* no supera el extraordinario "Lección de cruz", de *Romances y Madrigales*. Como también honradamente creo muy difícil de volver a cosechar décimas como las a Dimas y Gestas de su libro *Poesías*. Todo lo cual me mueve a reconocer que el rival más obstinado de Rafael Laffón—ayer, hoy, mañana—es Rafael Laffón.

MANUEL MANTERO: *La lámpara común*. "Adonais", CXCIX. Madrid, 1962.

El poeta Manuel Mantero—treinta y dos años, cuatro libros publicados, Premio Nacional de Literatura—vuelve a debutar con un libro de importancia suma: *La lámpara común*. Descubro en Mantero al adalid de los nuevos poetas españoles, madurados en cuajos y consumaciones de realidad.

La lámpara común es un vivísimo muestrario de alcances éticos sin radicalismos que señala un derrotero a seguir. A continuación de *Tiempo del hombre* no podíamos esperar otro fruto. Ahora bien, si *La lámpara común* no presenta la unidad, la conjunción rotunda de *Tiempo del hombre,* sí—y altamente—un grado superior de variedades, de acentos más colectivos. Este par de libros ostenta la fidelidad de dos rectas paralelas que se cruzan en el infinito.

La lámpara común—título procedente de un verso de Lope—es una obra netamente extraordinaria. Los temas abordados, los conceptos pronunciados, acercan un horizonte, amorosa, dolidamente descubierto y al descubierto. La temática barajada es ambiciosa; tan ambiciosa que, en ocasiones, nos parece que el poeta ha jugado excesivamente limpio con todos antes que consigo mismo. Me iré explicando. Mantero, con este novísimo libro—atención a lo inmediato—nos ha brindado oportunidades y modificaciones, ha esclarecido, sobre todo, zonas de borrasca y penumbra, ha vigorizado seriamente permanencias de signo muy distinto a las blasonadas por otras generaciones. Es decir, que Mantero "da la cara" gallardamente al tiempo que le corresponde vivir, actuar, actualizar.

Julia Uceda ha hablado de "un tipo especial de fe", aplicado a los poetas que manifestaron sus voces durante la década del 50. Esta fe—señala—se puede llamar "práctica". Exacto, "práctica" y con sus correspondientes efectos y capacidades de identificación total con el hombre. De ahí que el poeta sea un hombre más, "no el predestinado ni el mejor; uno, cuyo oficio es cantar la realidad de todos a través de la suya propia, aunque, como Orfeo, no sepa algunas veces por qué".

Mantero interpreta la corrida de toros, el evangelio del día, la huelga, la última prueba nuclear; respira por Góngora, por Miguel Romero Martínez, por Adriano del Valle; sonríe al niño perdido, denuncia a Robert Frost—el poeta que "gana mil dólares por verso"—, reconoce la muerte en la Venus velazqueña del espejo... Cuatro sonetos en treinta composiciones. Es expresivo.

Hay versos que trenzan un apasionado exponente de sustanciaciones: "Dió el pésame como el que pisa a un ángel". "Con el aire de todos llénate los pulmones". O:

> ...las noches con mujeres apretadas
> a la cintura como anillos dulces.

En el poema "Teoría de la relatividad" entiendo descubrir un dictado solidario, un testamento de transacciones y renuncias. He aquí el presente en comunión vital de futuro:

> Que se recuerde al hombre,
> pero no largamente.

Qué antológico ese poema que le despierta al poeta el "ataque al corazón" de un hombre frente a un "gol del Real Madrid". Con sencillez de expresión—no por sencilla menos valiosa, ya que el poeta persigue la atmósfera fresca del lenguaje, despojándolo de huecas retóricas—nos participa:

> El corazón aquel, era de un hombre
> puro en la iglesia, vivo en la pasión,
> triste cuando su esposa no le hablaba,
> alegre si en enero hacía sol.

Los perfiles, las significancias diferenciales de la nueva poesía española, están patentizados firmemente en la obra de Manuel Mantero. He leído en algún sitio acerca de ella: "Resulta interesante y significativo que una temática prosaica, gracias a la excelente poética, quede no sólo valorizada, sino reducida a zumo, cuando el prosaico propende a lo contrario: a rellenar, a narrar por menudo y extenso".

Sin reservas de ningún género celebramos este libro, noble y auténtico, personal y legítimo.

Manuel Mantero, con *Lámpara* tan maravillosa, nos garantiza un espléndido seguro contra incendios...

JOAQUÍN MARCO: *Fiesta en la calle*. "Fe de vida", 5. Barcelona, 1961.

Casi me acaba de gustar este libro primero del catalán Joaquín Marco por cuanto sostiene de irrupción, de brío pregonado, de triple filo... Debo señalar que su *acuse de recibo,* su postura—antes realista que real—frente a las circunstancias, se orienta más cómodamente por los polos que por el ecuador. Hay ocasiones en que el acento intencional de Marco despide un olorcillo a Blas de Otero.

En la temática de *Fiesta en la calle*—libro, sí, de provecho—la cima es sima y sugerencia la alusión. Puntillosos versos *documentales* estos de Joaquín Marco.

JOAQUÍN CARO ROMERO

ITALO CALVINO: *Idilios y amores difíciles*. Ed. Losada. Buenos Aires, 1962.

Al terminar la segunda guerra mundial, Italo Calvino tenía veintidós años. Hoy es uno de los escritores mejor conocidos de su generación y su obra ha sido traducida en Francia, Inglaterra, Alemania, Suiza, Hungría, Checoeslovaquia, Estados Unidos y Argentina. Calvino es un original escritor, continuador de Pavese, Vittorini, Moravia y Pratolini.

El adjetivo difícil se lo aplica I. C. igualmente a sus otros libros y a la vida misma. Difícil fué ésta para la dolorosa generación de la posguerra. Difíciles son los amores, los sueños y las dichas que viven los personajes de este libro, fracasados casi siempre frente a mínimas fatalidades de la existencia vulgar. Se trata de un volumen de relatos cortos cuya primera parte—"Idilios difíciles"—arranca con una serie de cuentos de niños, deliciosamente tocados de ingenuidad, nacidos de la más tierna observación y resueltos en su mayoría con final abierto, simple, inesperado, como inesperado y simple suele ser el comienzo y el final de los juegos infantiles. Se siguen unas narraciones de la guerra y la posguerra, violentas unas, entrañables otras, realísimas todas ellas en su anécdota y su expresión literaria. La Italia invadida y la picaresca florecida al margen de la guerra dan al escritor variado motivo para el discurrir de su prosa. La serie de cuentos de Marcovaldo—un pobre diablo inadaptado en la gran ciudad—nos parece, por su intención chistosa y a veces pueril, la zona menos afortunada del libro. Pero aún encontramos hacia el final de esta primera parte un maravilloso cuento—"La noche de los números"—que nos mete en ganas de seguir leyendo.

Casi todos los relatos están escritos en los años de la posguerra, y los más modernos hacia 1958. "Amores difíciles", segunda parte del libro, comprende una variada serie de motivaciones eróticas o amorosas, desde la consabida aventura picante surgida en un viaje hasta el suceso puramente mental protagonizado por un intelectual en "La aventura de un poeta", única pieza de la colección en que los personajes son dueños raciocinantes de su circunstancia y no víctimas de ella. Italo Calvino trata lo erótico con delgada sutileza de observación, delicado lenguaje e inmediato realismo, dejando reteñida cada anécdota por su penetradora tristeza de gran escritor.

MANUEL SAN MARTÍN: *El borrador*. Ed. Planeta. Barcelona, 1961.

Esta novela quedó finalista en el IX premio Planeta, y por supuesto que hubiera podido ostentar tal distinción con tanta dignidad o más que muchos otros de los libros premiados que cada día nos llegan a las manos. "El borrador" es título que, si no muy expresivo, concuerda bien con lo que el relato y su autor nos comunican como mensaje o deliberada falta de él. Porque Manuel San Martín parece complacerse en lo caótico y provisional de su circunstancia en cuanto protagonista más o menos recatado de la novela. Como tantos hombres de su generación y de las in-

mediatas, M. S. M. no sabe o no quiere saber por dónde le da el aire de la angustia. Todo en su hacer y su escribir quiere ser irrazonado o desesperadamente raciocinante. Su personaje se afana en coleccionar experiencias—vulgares, repetidas, realísimas y tiernas experiencias—sin que tan denso arrastre vital le sirva para modelar algo convincente y duradero.

Como en tantos otros autores de nuestro tiempo, en San Martín encontramos el tedio de existir llevado a sus últimas consecuencias humanas y literarias. De su mundo de negaciones nace a veces una enseñanza para el alma o una ejemplificación social, pero se ve bien que tampoco en la tarea moralizante—siquiera sea áspera y auténtica—cree demasiado el autor. Lo que se nos cuenta en "El borrador" son unas aventuras eróticas que el novelista ha encajado en una técnica de semiconfesión, acertando con el tono de provisionalidad y rasgueo expresivo propio de quien está tomando apuntes rápidos o redactando un borrador a desarrollar más tarde. En cuanto al modo de escribir de Manuel San Martín, una facilidad ingeniosa que no desdeña el chiste o la reflexión pseudofilosófica, favorece la lectura de su libro. Bien entendido que el ingenio es siempre arma de dos filos, y así, el desparpajo literario de este escritor le quita a veces autenticidad a lo que dice; todo en "El borrador" es grato de leer, pero no todo es convincente en función de la realidad que quiera reflejar, ni siquiera, a veces, en función de una mera apreciación de calidades literarias. El ingenio estilístico no tiene su mejor aplicación en la novela, precisamente, por lo que grandes escritores han podido ser malos novelistas. Claro que este caso extremado no es el de Manuel San Martín. Con que se muerda un poco la lengua a la hora de redondear las frases, su impronta novelística quedará avalada y bien definida.

FRANCISCO UMBRAL.

NOTICIA DE OTROS LIBROS

Empecemos con el libro titulado *País con un nombre que amo* (Santiago del Estero, 1960), del poeta argentino Juan Carlos Martínez. Versos impregnados de americanismo, con imágenes abundantes y un nerudismo intenso; se lee con gusto. Emilio Carrión Fos publica *El silencio habitado* (Almería, 1962), tercero de sus libros. Un aliento de tipo cósmico da brío a los poemas, entre los cuales podríamos destacar los titulados "Atavismo", "Corazón" y "Elegía de Adán". La influencia de Aleixandre es patente. *Memoria Virgen* (1962), del sevillano Antonio R. Almodóvar, adelanta la poesía de un hombre que siente la necesidad de cantar el misterio. Sus versos son, en cierto modo, originales, pero denotan desenfoque o desequilibrio, por abusar de lo buscado original. Tampoco los neologismos son demasiado felices: "Cantarea tú el agua de mi pozo, / que yo la de tu fuente cantareo." Tiene, sin embargo, fuerza en el apartado titulado "La calma brava" (y no hay juego de palabras). Esperamos con confianza el próximo libro. Rafael Núñez Rosaluz, con *Alba de la*

palabra (Burgos, 1962), ha logrado un bello libro. Victoriano Gómez, en el prólogo, ya afirma la legitimidad del quehacer poético del autor, su verdad en la tarea de elevar a categoría humana la anécdota del hijo. Versos con tema de infancia, y todo envuelto en un lenguaje claro y armonioso. Maneja con soltura las diversas formas estróficas. El soneto "Agua viva", por ejemplo, es sintomático. Joven, poeta y sacerdote, Rogelio Barufaldi publica su libro *Zonas de Dios y del hombre* (Col. "Rocamador", Palencia, 1962). Este primer libro constituye un buen paso inicial de este poeta argentino. Quizá lo más logrado sea la parte que titula "Historia verdadera del hombre y la mujer". Existe, no obstante, confusionismo. Rogelio Barufaldi ha querido abarcar demasiado; todo el misterio de Dios y el hombre (y la mujer) en un libro que se ha quedado algo corto. Luis Gorosito Heredia, con *La fiesta del cielo* (Buenos Aires, 1962), aparece por la vez número diecinueve, poéticamente, ante el público lector. El libro se compone de tres largos poemas, siendo el mejor—con mucho—el titulado "El albañil", con felices imágenes y donosura de expresión. Del poeta hace poco fallecido Alfredo Ottonello Onevara se han editado en Córdoba (Argentina) unos poemas bajo el título de *El dardo.* Predominan los sonetos, entre garcilasianos y modernistas. Buen hacer, y empuje central de nervio humano. También en Córdoba ha aparecido recientemente *Fábula de octubre* (1961), de Alberto Díaz Bagú, y hay que destacar, como en el libro anterior, su sencillez y equilibrio, la maestría en los sonetos y ráfagas de inspiración y finura. Dignísimos versos, con un aire leve de decadentismo. Terminamos estas notas con una referencia a la segunda edición de *Málaga,* de Carlos Rodríguez-Spiteri (la primera fué en 1953). Ha aumentado los poemas en más de un ciento, y la línea continúa siendo aquella de canto solar, de luz y entrañable fidelidad. Las citas que Rodríguez-Spiteri pone al frente de las poesías son, en su mayoría, espléndidas. Buen refuerzo. La edición, de la *Revista de Occidente,* magnífica.